

# No hay épocas tan malas

ANDRE DUBUS

TRADUCCIÓN DE  
DAVID PARADELA LÓPEZ



[www.gallonero.es](http://www.gallonero.es)

Título original:  
*The times are never so bad*

Primera edición: marzo 2025

The pretty girl © Andre Dubus  
Bless me father © Andre Dubus  
Goodbye © Andre Dubus  
The new boy © Andre Dubus  
The captain © Andre Dubus  
Sorrowful mysteries © Andre Dubus  
Anna © Andre Dubus  
The father's story © Andre Dubus

© 1983 Andre Dubus  
Published by arrangement with Godine Publisher, Boston, USA  
and Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.  
All rights reserved

© 2025 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.  
© 2025 de la traducción: David Paradela  
Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro  
Corrección: Chris Christoffersen  
Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84- 19168-63-4  
Impreso en España  
Depósito legal: M-263-2025

*Para Philip y Michael Spitzer*

*[...] el hombre en la situación violenta revela las cualidades menos prescindibles de su personalidad, esas cualidades que son todo lo que tendrá para llevarse consigo a la eternidad.*

FLANNERY O'CONNOR, «Sobre su obra»

*No hay épocas tan malas como para que un hombre bueno no pueda vivir en ellas.*

SANTO TOMÁS MORO

No hay épocas tan malas

*Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.*

SAN JUAN, *Apocalipsis*

*Para Roger Rath, allá entre las estrellas*

Hasta que no empuño el hierro no soy persona. Siempre ha sido igual: a veces estoy resfriado o tengo uno de esos días en los que todo se hace cuesta arriba porque te sientes cansado sin ningún motivo, salvo el hecho de vivir, y entonces me pongo a entrenar, y para cuando me meto bajo la ducha ya no me acuerdo de cómo me sentía antes de agarrar las pesas; como si todo lo demás hubiera ocurrido ayer y ahora empezase un nuevo día. O cuando tengo resaca: algunos de mis amigos, y también mi hermano, son de beber hasta que se les pasa, pero yo nunca lo he hecho ni lo haré, porque beber por la mañana te hipoteca el día entero, y además no soporto el olor a alcohol de buena mañana y el estómago me dice que prefiere una Coca-Cola o un batido, nada de tonterías como un chupito de vodka o ni siquiera una cerveza.

«Anoche hacía borrachera», dice Alex. Y yo siempre digo: «Anoche se formó un gran frente borrachoso». Venimos diciendo eso desde que yo tenía diecisiete años y él veintiuno. Por la mañana, después de una de esas, cuando soy capaz de leer lo que pone en el *Boston Globe* pero no de recordarlo el tiempo suficiente como para entender de qué va la noticia, me pongo a hacer ejercicio. Si ese día no me toca pesas, salgo a correr o me voy a nadar al Y. Cuando termino ya se me ha pasado la resaca. Incluso cuando estoy mareado: hay días en que pienso que, o suelto la

pota en el banco, o me pongo a lo que estoy, y durante las primeras series, mientras empujo la barra sobre el pecho, el alcohol trata de subir también, junto con lo que sea que haya comido la noche anterior, y entonces trago y empujo el hierro hasta arriba del todo y lo vuelvo a bajar, y a veces noto un sudor frío. Luego repito una y otra vez, y añado peso, y vuelvo a repetir, hasta que me voy hinchando y la sangre ruge entre los músculos y disuelve el ácido láctico, y el pantalón y la camiseta se me empapan de sudor, la espalda me resbala sobre el banco y el veneno desaparece de mi cuerpo. También de la cabeza, y durante el resto del día, a menos que algo me irrite de verdad, como tener que presentar la declaración de la renta o que el coche sufra una avería, siento una paz inmensa. Porque yo me llevo bien con la gente, y nadie me trata como tratan a algunos; en este mundo, ser grande tiene sus ventajas. Que yo no hago ejercicio por eso, aunque no sería un mal motivo, y alguno de esos alfeñiques debería planteárselo. El tiempo tampoco me molesta. En Nueva Inglaterra la gente siempre anda quejándose por esto o por lo otro. Alex dijo una vez: «Creo que les gusta quejarse porque, si lo piensas bien, la verdad es que da gusto ver a los Celtics y a los Patriots y a los Red Sox y a los Bruins, y tenemos la suerte de que sean de aquí, y tenemos el mar y un interior precioso para salir de caza, de pesca y a esquiar, y ni siquiera hace falta ser rico para permitírselo». Tiene razón. Yo del tiempo no me quejo: me gustan la lluvia y la nieve y el calor y el frío, y en lo único que me afectan es en la ropa que me pongo para salir. Aquí el tiempo es mujer, y le cambia el humor, y por eso me gusta.

En fin, que mientras pueda hacer ejercicio, todo va bien, salvo si pasa algo, como cuando se funde la batería o hay que rellenar papeles. Si me salto algún entrenamiento, empiezo a

sentirme confuso y me distraigo, entonces me pongo tenso, y si bebo o hablo es peor, porque luego por la mañana no quiero ni salir de la cama. He tenido días así, en los que no me habría levantado de no ser porque tenía que mear. Una hora con las mancuernas y todo vuelve a su sitio, y entonces ya no sé por qué estaba preocupado ni por qué me he pasado ocho, doce o los días que sean sin entrenar. El caso es que da igual. Porque se acabó y ya puedo escribir mi nombre en un cheque o decirlo en voz alta sin sentirme un farsante. Soy Raymond Yarborough, digo al teléfono, y entonces noto cómo mis palabras, mi nombre, salen por el cable, y el otro tipo dice que el coche está a punto y que serán setenta y ocho dólares con sesenta y cinco centavos. Y yo le digo que voy a buscarlo enseguida, y salgo al mundo del que me había aislado por un tiempo y vuelvo a sentir que me pertenece. Me gusta pisarlo y respirarlo. Primero voy al banco y canjeo un cheque, porque en el taller no los aceptan a menos que tengas tarjeta de crédito, que no tengo porque no creo en comprar cosas, aunque sea la gasolina, si no tengo dinero para pagarlas. Siempre tengo suficiente dinero, porque no compro nada que no se pueda comer o beber. O casi nada. En la ventanilla del banco saco un cheque y firmo por ambas caras y hablo con la chica. Le digo que está muy guapa y que me gusta el suéter y el peinado nuevo que se ha hecho. No es por flirtear; me siento a gusto y me apetece verla sonreír.

Sin embargo, aquí en casa de Alex, en Nuevo Hampshire, lo de las mancuernas no funciona desde hace una semana o dos. Mientras hago ejercicio me olvido de Polly, o al menos me lo parece, pero en cuanto me meto en la ducha, allí está otra vez. Volví a verla un día, en junio: estaba más asustada que un animal salvaje, de esos chiquitines y sin armas naturales, como un conejo



herido, de esos que tiemblan cuando los agarras con la mano y te miran cuando los levantas para partirles la cabeza contra un árbol o una roca. De todos modos, creo que le acabó gustando, y si hubiera querido, podría haber hecho que se corriera. Pero Polly es así. Hará como doce años que la conozco, desde que yo tenía catorce, y creo que la conocía mejor cuando éramos chavales que después del instituto, cuando empezamos a salir juntos y luego nos casamos. Cuando íbamos al colegio, yo sabía que era lista y bonita y que intentaba parecer sexi cuando todavía no lo era. Actualmente, no es que la conozca mucho mejor. No, no es cierto: podría escribir muchísimas cosas que sé de ella, y de hecho lo hice, una noche fría a principios de la primavera pasada, unas cincuenta páginas de cuaderno, pero todo aquello eran cosas que ella me decía o que pensaba que yo le decía a ella y cosas que hacía. Sigo sin entender por qué era de esa manera, por qué no podíamos vivir en paz, tomar una cerveza o un trago por las noches, hablar de esto y de lo otro, cenar algo y tomarnos las cosas con calma, que para eso, pensaba yo, nos habíamos casado.

Estábamos de acampada en un lago y sin pescar ni una mala trucha cuando decidimos casarnos. Lo hablamos a la segunda noche, acostados en el saco de dormir, dentro de la tienda. Por la mañana me desperté con la sensación de que aquel suelo estaba bendecido, como esos lugares sagrados de los indios. Yo tenía veintidós años, y pensé en la muerte; parecía que todavía faltaba mucho para eso, pero de repente la sentía más cerca, como si pudiera ver el resto de mi vida en aquella tienda en la que Polly dormía y diera igual si al final yo tenía que morirme. Era muy feliz, y pensé en mi hermano mayor, Kingsley, muerto en esa guerra que habíamos perdido, y hablé con él un rato, le dije que ojalá estuviera ahí para ver lo bien que me sentía y para

hacerme de padrino. Luego hablé con Alex y le pedí que fuera mi padrino. Luego me dormí otra vez, y cuando me desperté Polly me tendió una taza de café y oí el chisporroteo de la hoguera. A última hora de la tarde nos fuimos, pero me quedé la tienda; no la devolví al negocio donde la había alquilado. Yo tenía mi propia tienda, una para dos personas, pero había alquilado una de las grandes para que Polly pudiera caminar dentro y poner la comida y la nevera y los aparejos de pescar, porque a las mujeres siempre les da por hacer que cualquier sitio parezca una casa, aunque sea un cuarto de motel. A algunas no, pero con esas uno no puede ir en serio; una mujer holgazana es peor incluso que un hombre. Tenían el depósito, pero me llamaron por teléfono. Les dije que habíamos tenido un accidente y que la tienda estaba en el fondo del lago Willoughby, en Vermont, en lo que llaman el Reino del Norte. Me preguntó qué hacía la tienda en el lago. Le dije que cómo iba a saberlo, que el lago se había formado a partir de un glaciar y en algunos puntos era tan profundo que habría sido imposible saber dónde estaba, y ya no digamos qué hacía. Dijo que se refería a *cómo* había acabado allí. ¿Había volcado mi barca? ¿Qué barca?, le pregunté. Hasta ese momento había estado gruñendo, pero ahora empezó a ladrar: entonces, ¿cómo cojones había acabado la tienda de campaña dentro del lago? La clavé allí, dije. Ese es el accidente al que me refería. Entonces aulló: el depósito no cubría el coste de la barca. Le contesté que entonces debería pedir un depósito más alto y colgué. La tienda está aquí, en casa de Alex, plegada y guardada sobre las vigas del garaje. Esta casa era de Kingsley, y cuando su mujer volvió a casarse quiso dárnosla a Alex y a mí, pero Alex dijo que eso no estaba bien, sabía que Kingsley habría querido que ella nos la ofreciera, pero al mismo tiempo sabía

que Kingsley habría esperado que nosotros nos negásemos a aceptarla y le diéramos algo de dinero; eran un matrimonio feliz, y además está la niña, mi sobrina Olivia, que tiene casi diez años. Como yo todavía estaba en el colegio, Alex se la compró.

Lo que yo creía que tuvimos —sé que lo tuvimos— en la tienda aquella mañana no duró, y aunque no entiendo por qué todo cambió tan deprisa como el tiempo, le echo la culpa a ella porque yo hice un gran esfuerzo y siempre fui como había sido antes, cuando ella me quería; mi actitud hacia ella cambió y la maldije y empecé a pegarle cuando todos los días eran malos y las noches peor. Durante el día, puedes hacer cosas que te hagan sentir que tu matrimonio no es una jaula con el suelo repleto de serpientes de cascabel, que puedes soportarlo: no solo el ejercicio, sino conducir toda la tarde para ir a comprar huevos y bombillas y una correa para el reloj y calcetines y recoger la ropa de la tintorería. Escuchas música en el coche y miras a la gente que conduce (me he fijado en que las chicas jóvenes, cuando conducen solas, a menudo sonríen; quizá por el *disc jockey*, quizá por lo que piensan), y hablas con la gente de las tiendas (intento ir siempre a tiendas pequeñas, incluso para comprar comida), y tu vida parece mejor de lo que era cuando saliste de casa con las llaves del coche. Por la noche, sin embargo, no hay nada que te distraiga; y por la noche, además, es cuando realmente tienes la sensación de que estás casado y lo necesitas; y ahí estás, en el salón, con todas esas serpientes por el suelo. En aquella época yo trabajaba en el bar cinco noches a la semana, así que había dos noches terribles y tristes; las demás, llegaba a casa cansado y me metía en la cama en silencio, con la impresión de estar haciendo algo malo y de que por eso no quería que se despertara y me viera. Hacia el final, Vinnie DeLuca empezó a meterse en

mi cama las noches que yo trabajaba, y entonces me enteré y ahí se acabó todo.

Yo la trataba bien. Compartíamos las tareas domésticas, como hacía con mis hermanos cuando era pequeño. Nunca he conocido a una mujer que no cocinase mejor que yo, pero aun así soy capaz de poner comida en la mesa, y lo hacía, frita o a la barbacoa; cocinaba en la parrilla de fuera en cualquier época del año; me gusta cocinar al aire libre mientras cae la nieve. Lavaba los platos cuando ella cocinaba, y a veces me acordaba de pasar la aspiradora, y me encargaba de la mayoría de los recados, porque eso era algo que ella detestaba, supongo que porque nunca hablaba con nadie en el supermercado, mientras que a mí, sencillamente, no me entusiasmaba.

Nunca te cases con una mujer que no sabe lo que quiere y sabe que no lo sabe. Mamá tampoco sabía lo que quería, pero no creo que supiera que no lo sabía, y por eso en todos esos años nunca se descarrió. Todavía se lleva los Luckies a la mesa. Cuando era pequeño, creía que mamá era como debería ser una esposa. Nunca pensé mucho en cómo debería ser una esposa. Por aquel entonces era bonita, y lo sigue siendo, aunque hay que mirarla un rato para verlo. Por lo menos algunos, los que creen que una mujer bonita ha de ser joven, o al revés, y cuando ven a una mujer de cincuenta y tantos no se fijan hasta que no les queda más remedio, hasta que se sientan a hablar con ella, y ven sus ojos y la forma en que sonrío. A mí no me hace falta fijarme tanto. Pasa mucho tiempo al aire libre y tiene buenas facciones, ese tipo de facciones que me hacen confiar en alguien.